vicio levítico del Templo, porque, si bien como primogénito había sido presentado, fue sin duda rescatado como todos los primogénitos de familia no levítica. La evidente fuerza del δεῖ = es necesario que..., se explica mejor en la hipótesis de una consagración levítica, veladamente implícita en el episodio de la Presentación, que por el paralelismo propuesto por Laurentin con los lugares en que se habla de la necesidad de la Pasión o del *retorno* al Padre. Esta idea del *retorno* resulta quizá forzada en Lc 2, 49.

En el *último capítulo* (p. 143-171) aborda Laurentin el problema del género literario de Lc 2, 40-52. Retiene la historicidad del episodio. Según él, la narración se inserta en un género literario bien conocido que sobrepasa la infancia de los héroes para entrar en su juventud y primeras manifestaciones, en las cuales se descubre el origen acaso desconocido del héroe y se anuncia lo que será en el porvenir. En nuestro caso, sin embargo, el género literario del pasaje es estrictamente catequético.

La *conclusión* insite en la fe progresiva de Maria.

No querríamos terminar este breve análisis de la obra de Laurentin sin rendir homenaje a su abundantísima erudición, si bien a veces se presenta desordenada y sujeta a frecuentes repeticiones. Cada página contiene algo sugestivo. Si discrepamos de la tesis, no dejamos de reconocer los méritos del planteamiento y del estudio.

S. MUÑOZ IGLESIAS

JHON L. MCKENZIE, S. J., *The Power and the Wisdom. An Interpretation of the New Testament.* The Bruce Publishing Company, Milwauke, 1965. 160 × 230 mm. XVI + 300 pág.

El P. McKenzie abre su libro con una descripción del mundo del N. Testamento, que le sirve como marco para encuadrar el Evangelio. Este tiende a comunicar a la Iglesia la experiencia de Dios en Cristo. Estudia el concepto de Reino de Dios, que le abre las puertas al examen del Rey Mesías. Conjuga la idea de mesianismo con la de realeza, por lo que Jesús es considerado como rey, señor, salvador y juez. Pasa a analizar los conceptos de Hijo del hombre y Siervo de Dios, cuyo acto salvífico se centra en el amor, bajo el doble aspecto muerte-resurrección. Pone de relieve las relaciones que median entre Jesús y el Padre, quien se manifiesta a los hombres a través de la Palabra y el Espíritu. La revelación divina exige al hombre una nueva vida en Cristo, para lo cual se requiere total arrepentimiento, fe permanente y experiencia sacramental: bautismo y eucaristía.

El efecto duradero del acto salvífico permanece en la Iglesia, cuyos elementos constitutivos son examinados, sobre todo a la luz de la teología paulina. McKenzie considera la "revolución moral cristiana" como una nueva norma de vida, con una moralidad evangélica basada en el amor y en la imitación de Cristo. Tras esbozar, de un modo preciso y sintético, las relaciones entre la Iglesia y el Estado, el autor esboza su propia concepción de la espiritualidad, desde el punto de vista neotestamentario. Un estudio de la oración le permite establecer el parangón entre la revelación y las revelaciones privadas. Por último ana-

liza la postura de Bultmann respecto a la desmitificación del Evangelio. Admira y respeta al autor alemán, si bien su punto de vista no es ciegamente compartido, como demuestra la lectura del epílogo final.

En el prefacio a su libro McKenzie advierte al lector que desea presentar una interpretación personal del N. Testamento. En consecuencia se limita a exponer su propio punto de vista sobre los diversos problemas neotestamenttarios. Es un libro escrito, no sólo con la inteligencia, sino también con el corazón. Es de admirar la claridad de la exposición y la lógica de sus bien razonadas disquisiciones. No obstante, tratándose de una interpretación personal, es obvio que no todos los lectores mantengan su punto de vista. Por eso se exponen a continuación algunos puntos que sin duda no son invulnerables.

1) Cuando trata de la composición de los Evangelios (p. 34) parece conceder una participación excesiva a la Iglesia primitiva, en menoscabo de los evangelistas, los cuales serian unos simples portavoces de la comunidad, sin que expusieran en los Evangelios sus propios puntos de vista. Tal concesión parece excesiva y no del todo conforme a la reciente Instrucción de la Comisión Bíblica sobre la verdad histórica de los Evangelios (21.4.1964).

2) Las sentencias de Jesús serian una *creación* de la Iglesia, que con ellas buscó una respuesta a sus problemas (p. 42). En el fondo puede admitirse su parecer, puesto que, según él, la Iglesia creyó plasmar con estas sentencias la enseñanza de Jesús. No obstante, al abordar este problema, no debe olvidarse la aportación de la tradición oral, que recogió muchas enseñanzas del Maestro, las cuales comenzaron a circular en hojas volantes. Es, por lo mismo, mucho más verosímil que la Iglesia, más que *crear* estas sentencias, las recogió de la tradición oral y las formuló en conformidad con sus necesidades.

3) Al estudiar el poder de la Iglesia, concluye que el gobierno no ocupa un lugar preeminente en el oficio apostólico (p. 182). Niega que Pedro aparezca revestido de jurisdicción suprema (p. 179), por lo que, así como el colegio apostólico no era un agente de Pedro, tampoco los obispos son agentes del Papa y por lo mismo no reciben potestad delegada del Romano Pontífice (p. 181). Estudia el ambiente neotestamentario, que considera dominado por el amor y no por la jurisdicción. Ello le permite afirmar que la dirección de la Iglesia queda corrompida, cuando se la concibe en términos de poder y no en términos de amor (p. 187). Aun concediendo al autor que el ejercicio del poder debe estar supeditado al amor, pudiera sin embargo exigírsele que no enjuiciara de un modo tan negativo el concepto de jurisdicción.

4) Juzga acaso con excesivo rigor las devociones fundadas en la revelaciones privadas. Señala con razón que muchos católicos dan más importancia a las revelaciones de Fátima que al Evangelio y Cartas de Pablo (p. 258). Insiste que lo esencial es la observancia de los mandamientos, mientras las devociones tienen sólo importancia secundaria (p. 257). El P. McKenzie está acertado en sus observaciones. Parece, no obstante, demasiado escéptico ante la devoción al Sdo. Corazón (p. 255), que encuentra su base bíblica en Mt 11, 29 y ante el Rosario, compuesto casi exclusivamente de expresiones bíblicas. El autor, en su afán de corregir un exceso, se expone a cometer otro, pues no debe olvidar que algunas devociones, además de su fondo bíblico, pueden reivindicar la aprobación de la Iglesia, que las fomenta con insistencia.

Aun cuando el punto de vista de McKenzie no sea invulnerable, su libro encierra el gran mérito de reflejar de un modo claro y preciso la mentalidad de un exegeta católico que, con criterio amplio y progresista, se pronuncia sobre los más candentes problemas de la exégesis neotestamentaria. Sin duda contribuirá a que más de un lector encuentre en él las sugerencias y orientaciones necesarias para captar el mensaje que Dios transmite al hombre en el N. Testamento.

A. SALAS, O. S. A.

WILHELM PESCH, *Matthäus der Seelsorger* (Stuttgarter Bibelstudien 2). Verlag Katholisches Bibelwerk, Stuttgart, 1966. — 13'5 × 21 cm. 80 páginas.

El opúsculo es una reelaboración ampliada de un artículo (fruto de una previa conferencia) que el autor publicó en "Biblische Zeitschrift" (N. F. 7 [1963] 220-235, *Die sogenannte Gemeindeordnung Mt 18*). El tema central y casi único del opúsculo sigue siendo (como advierte un subtítulo) el capítulo 18 del Evangelio según San Mateo que, por su inagotada riqueza en problemas redaccionales y exegéticos, ha atraído en estos últimos años la atención laboriosa de varios especialistas.

El estudio del joven profesor W. Pesch ilumina concisamente, con exacta seguridad de análisis, los problemas fundamentales de este capítulo, y, a partir de él, ofrece al lector unas acertadas reflexiones sobre la *Redaktionsgeschichte* (aplicada al Evangelio de San Mateo en su conjunto).

La Introducción (pág. 11-16) resume el proceso de la Tradición desde Jesús hasta los Evangelios escritos, informa sobre los condicionamientos en que se redactó el de Mt y justifica su esquema o visión de conjunto del cap. 18. Las dos primeras partes del opúsculo (p. 17-33 y 35-48) equivalen a una exégesis concentrada de dicho capitulo, siempre en perspectiva del proceso redaccional que le dio origen; al analizar este proceso se procura que vaya apareciendo por transparencia, como en el revelado de una placa fotográfica, el rostro de la "iglesia" o comunidad cristiana concreta en que trabajaba el autor-redactor. Un tercer apartado (49-57) examina la composición del cap. 18 en su estructura de conjunto y en su integración orgánica dentro del plan general del Evangelio al que pertenece. El siguiente apartado lleva por título: "Mateo, el escritor", y anatomiza el capítulo 18 catalogando los elementos previos con los que fue compuesto, descubriendo así las "omisiones" (que, si son intencionales, también pueden significar o revelar tendencias), terminando con un elenco de los pequeños elementos introducidos por la "produktive Tradition" del redactor o redactores.

La quinta y última parte (67-76) hace suyo el titulo del opúsculo. Se subdivide en tres apartados. En el primero, se afirma que los destinatarios directos de este capítulo, en la intención de Mt son "todos los cristianos". (No todos comparten este punto de vista; depende del sentido que tenga en Mt la expresión "los discípulos", interrogante que sigue abierto no obstante los recientes estudios sobre el particular en que se apoya el autor. La respuesta al interrogante tiene que ser muy matizada, precisamente por la complejidad redaccional de San Mateo).